

Oportunidades sepultadas

Una casa en Bogotá

SANTIAGO GAMBOA

Penguin Random House, Bogotá, 2014, 246 pp.

LA PREMISA de este libro no es particularmente ingeniosa ni sorprendentemente original: organizar una novela siguiendo el plano de un inmueble que así adquiere una dimensión simbólica de la vida personal de alguno de los protagonistas, o ayuda a sintetizar la transformación de la sociedad que enmarca el relato. En el caso de la novela de Santiago Gamboa se trata de una vieja casa en la parte alta del barrio bogotano de Chapinero, habitada por el narrador —un hombre de mediana edad—, la tía soltera que se hizo cargo de su crianza cuando quedó trágicamente huérfano, un chofer, una empleada doméstica y enfermeras más o menos fugaces.

No es difícil imaginar posibilidades interesantes para las interacciones de estos personajes: el autor dispone de visiones potenciales de varias generaciones, distintas clases sociales y, por supuesto, puede jugar con todo tipo de contrastes o compatibilidades entre los rasgos individuales de cada uno de ellos. Lo triste de este libro es que esos rasgos son inexistentes: cada uno de los protagonistas es un largo catálogo de estereotipos; de historias leídas y releídas en la prensa o en otros libros de ficción, vistas y vueltas a ver en pantallas de todos los tamaños y oídas con toda la gama de acentos del español y algunas otras lenguas.

Una vez descrito el incendio en el que mueren los padres del narrador, la personalidad de este parece el trabajo final de un curso elemental sobre Freud: un intelectual neurótico, retraído, dedicado a temas abstrusos y muy especializados, incapaz de establecer relaciones afectivas, con preferencias sexuales algo morbosas y reprimidas. La tía que lo acoge es aparentemente una profesional destacada cuya brillantísima carrera internacional se menciona incesantemente, sin ninguna elaboración diferente a la de esbozar de manera muy superficial una vida errante en “centenares de viajes por

el mundo” en los hoteles que “Naciones Unidas dispone para los viajes de todos sus funcionarios de alto nivel”; aparte de eso su figura es algo así como la personificación de “una generación de la izquierda latinoamericana repleta de reflejos antiburgueses para ciertas cosas y en cambio muy complaciente con otras de idéntica procedencia”. Los personajes restantes están en mayor o menor medida definidos por las predecibles secuelas de diversos frentes de la violencia colombiana del siglo pasado: la guerrilla, las esmeraldas, las drogas.

Como los personajes no llegan a despegar para adquirir alguna complejidad emocional, terminan por convertirse en especies de carpetas de archivo en las que el autor clasifica opiniones, anécdotas o datos curiosos que no logran integrarse para imprimir alguna dirección atrayente al relato como un todo. Así, las insulsas aventuras eróticas del narrador se mezclan con sus comentarios sobre librerías o baños famosos en una amplísima diversidad de ciudades donde, muy convenientemente, acompañó a su tía a congresos o vacaciones. La crónica de la vida de la tía, por otra parte, prácticamente se reduce a un catálogo de opiniones vagamente progresistas e irreverentes sobre temas políticos o artísticos, y a mostrarla en circunstancias que permitan traer a colación, de manera más o menos forzada, los nombres de Gabriel García Márquez, Antanas Mockus, Nicolás Gómez Dávila y otros artistas e intelectuales colombianos. Un par de capítulos evocan episodios amorosos del pasado del personaje, pero su integración con el flujo narrativo es tan poco natural que, en ciertos casos, al leerlos se tiene la impresión de que el autor se negó a desperdiciar los apuntes de un cuento que nunca llegó a adquirir forma y decidió forzar su inclusión en esta novela.

El final wagneriano y catastrófico se apoya muy precariamente en un supuesto misterio que le toma al narrador medio siglo de vida entrever y que para muchos lectores debe ser previsible desde los primerísimos capítulos de la historia.

Si alguna reflexión despierta la lectura de *Una casa en Bogotá* es sobre el papel lamentable (o quizá la completa ausencia) que tuvo en esta publicación un editor profesional. Ante todo se

echa de menos algo de buen criterio para apoyar al autor en la construcción de personajes con sustancia suficiente como para aglutinar mejor los contados episodios e ideas que tenían potencial para mover una narración algo más consistente y con mínima originalidad; así como para aislar, preservar y transformar en trabajos distintos esos embriones de cuentos o ensayos que asoman repetidamente en el libro y quedaron para siempre atrapados en una historia a la que, en verdad, no demuestran pertenecer.

Es posible que el descuido editorial mencionado sea debatible en términos de lo que este reseñista considera un libro bien armado y los estándares de publicación de una multinacional que opera en un mercado de pocos lectores en el tercer mundo. Lo que sí es incuestionable e injustificable es el desgreño manifiesto en cuestiones que ya no son de gusto o estilo. ¿No había en la editorial alguien que pudiera señalar que “infinito” no es sinónimo de “numeroso” y que por lo tanto frases como “en ese lugar pasé infinidad de noches” y “mi tía hizo infinitas visitas privadas a Pekín” son exageraciones ridículas y sin sentido? ¿Tampoco hubo quien se percatara de que en Bogotá una carreta de caballos es una “zorra” y nunca ha sido una “chiva”? ¿Alguien pensó que quizás el único contexto en el que cabrían las palabras “sirios encendidos” sería algún escrito relacionado con el extremismo y el Medio Oriente, pero que no son descriptivas de la parafernalia de una ceremonia satánico-erótica que para el narrador verdaderamente muestra “el alma de la ciudad”?

Alberto de Brigard